

LOS ESTADOS UNIDOS AL BORDE DEL ABISMO: LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE 1800

THE US ON THE EDGE OF THE ABYSS: PRESIDENTIAL ELECTIONS IN 1800

Jorge Pérez Alonso
Gabinete jurídico

Recensión de / Review of: James ROGER SHARP, *The deadlocked election of 1800: Jefferson, Burr and the Union in the balance*. University Press of Kansas, 2010. 240 págs.

Palabras clave: Estados Unidos, Elecciones, Presidencialismo

Keywords: United States of America, Elections, Presidentialism

Las elecciones presidenciales estadounidenses del año 1800 marcaron un antes y un después en la trayectoria político-constitucional de la Unión. Era la primera vez que unos comicios para la elección del máximo órgano ejecutivo de la federación se realizaban en la nueva capital federal sita en Washington D.C., en aquel entonces poco menos que una pradera semidesértica con gran parte de los edificios oficiales a medio construir; era la primera vez que una elección presidencial se realizaría sin la presencia física de George Washington, patriarca y símbolo de la nueva nación, fallecido poco menos de un año antes, el 14 de diciembre de 1799; por vez primera en la historia política norteamericana un presidente que optaba a un segundo mandato no era reelegido y, en consecuencia, el bastón de mando pasaba al candidato de una facción rival; fue igualmente la primera vez que dos personas de una misma tendencia ideológica lograron un empate a voto compromisario y la decisión final hubo de tomarla, en aplicación de las normas constitucionales, una Cámara de Representantes dominada por miembros de una facción rival a los dos candidatos más votados en el *electoral college*. Pero, sobre todo y por encima de todo, si algo puede caracterizar las elecciones presidenciales de 1800 fue, como ha indicado acertadamente Bruce Ackerman en un célebre estudio dedicado al tema, a definitiva superación del marco constitucional de 1787, al menos tal y como lo habían concebido los padres fundadores¹.

En efecto, el sistema constitucional ideado por los *founding fathers* partía expresamente de un enorme recelo hacia todo cuanto simbolizase división política, partido político o “espíritu de facción”, de manera que optaron por

¹ Bruce ACKERMAN *The failure of the founding fathers: Jefferson, Marshall and the rise of presidential democracy*, Belknap Press of Harvard University Press, 2005.

articular un entramado constitucional sentado en una base, idea o premisa clave que el tiempo acabó demostrando desacerada: una minoría selecta, por encima de las divisiones políticas, regiría de forma altruista y desinteresada los destinos de la recién creada nación teniendo siempre como guía el interés general. Sin embargo, y sobre todo a raíz de los acontecimientos que tuvieron lugar en la Francia revolucionaria de 1789 y la postura que frente a los mismos debían adoptar los Estados Unidos, la unidad inicial creada en torno a la figura indiscutida e indiscutible de George Washington fue poco a poco resquebrajándose hasta el punto de dar lugar a dos facciones (como bien dice Sharp en su obra, aún no puede denominárseles con justicia partidos, por mucho que ya representen un embrión de los mismos): por un lado, la federalista, personificada en torno al Secretario del Tesoro Alexander Hamilton, ardiente partidaria de la primacía de la federación sobre los estados, vinculada económicamente a la burguesía y al comercio e ideológicamente francófoba y anglófila; por otro, la republicana, articulada en torno al Secretario de Estado Thomas Jefferson, que priorizaba a los estados sobre la federación, tenía su foco de partidarios entre los sectores agrarios del sur y se caracterizaba por una marcada anglofobia. La división entre ambas facciones se recrudeció sobre todo tras la firma del *Jay Treaty* en 1795, hasta el punto que en su discurso de despedida de 1796 George Washington, cuya poderosa figura contribuyó a mantener controlada la división de tal manera que ésta no desbordase ciertos cauces, tuvo que dar un toque de alerta haciendo una referencia expresa sobre los peligros que ese recrudecimiento de la división política podía representar para el devenir de la nación.

La obra de Sharp nos conduce desde las primeras páginas y hasta casi la mitad de la misma por el tumultuoso y difícil mandato presidencial de John Adams, época clave para comprender en su totalidad el difícil y opresivo clima político-social que rodeó las elecciones de 1800. Pese a que, como bien indica el autor, a comienzos de 1797 se llegó a concebir una superación del espíritu partidista merced a una leal colaboración entre el presidente Adams y el vicepresidente Jefferson, pronto tales esperanzas se frustraron abruptamente antes de que tal colaboración llegara siquiera a iniciarse. El error cometido por los federalistas con la aprobación de las *Alien and Sedition Act* de 1798, provocaron la reacción de los republicanos, que auspiciaron las resoluciones de Virginia y Kentucky (que abogaron por el derecho de los estados a rechazar por inconstitucionales las leyes emanadas de la Unión) y la retirada —en parte ideológica, en parte estratégica— de los seguidores de Jefferson a las instituciones estatales, que pasaron a ser su bastión político al verse desplazados de los tres poderes federales sobre todo tras las elecciones legislativas de 1798 que dieron el triunfo a los federalistas. Los dos últimos años del mandato presidencial de Adams se caracterizaron por una lucha feroz, tanto en las instituciones políticas como en la prensa escrita de la época, entre federalistas y republicanos, pero la división política no sólo enfrentaba a dichas facciones, sino que en ese mismo periodo se fue agrietando hasta acabar en abierta fractura el propio partido federalista, algo en lo que tuvo mucho que ver la difícil relación personal entre el Adams (que intentaba aglutinar en torno a su persona a los federalistas moderados) y Hamilton (puntal ideológico del federalismo y líder indiscutible de los *high federalist*), agudizada por los evidentes intentos de este último de ejercer el poder de facto incluso por

encima del presidente. Y es que en efecto, Hamilton (quien, como todas las personas que han tenido un final trágico, suelen ser idealizadas ocultando los vicios y errores en que hayan podido incurrir a lo largo de su vida) no dudó en utilizar todo tipo de maniobras, legales e ilegales, para dinamitar la presidencia de Adams y boicotear todas sus opciones a la reelección. En este sentido, la derrota de los federalistas puede atribuirse no sólo a la magnífica cohesión de los republicanos, que presentaron un frente unido y realizaron una campaña virtualmente ejemplar, sino a los turbios manejos de Hamilton.

Jefferson, en contra de sus manifestaciones anteriores efectuadas tras su renuncia al cargo de Secretario del Tesoro en 1793 y en las que daba por concluida definitiva e irrevocablemente su vida pública, optaba de nuevo a la presidencia en como candidato de la facción republicana, en una candidatura conjunta o *electoral ticket* en la que se incluía como candidato a la vicepresidencia Aaron Burr, quien había logrado gracias a sus bases clientelares, a su talento político y sobre todo a su enorme capacidad de movilización con maratónicas jornadas de hasta dieciséis horas, una victoria decisiva en las elecciones a la legislatura del estado de Nueva York (de quien dependía la elección de los compromisarios en dicho estado). Ahora bien, con tal designación conjunta la élite del protopartido no tuvo en cuenta la posible incidencia que tal maniobra pudiese ocasionar a la hora de confrontarla con la realidad político-constitucional, dado que la norma suprema estipulaba en aquellos momentos² que cada compromisario daría su voto a dos personas, sin imposición y límite de ninguna clase más que una de ellas debía ser de un estado diferente al del compromisario. Por el contrario, los federalistas se encontraban divididos entre los partidarios de Adams y los de Hamilton (división que tuvo su correlato político en la grave crisis que tuvo lugar en 1800 en el seno del propio gabinete, donde Adams prescindió de dos de sus miembros acusándoles ser más leales a Hamilton que al presidente), y las turbias maniobras de éste³ en contra de los propios intereses de su partido. Pero, en realidad, los dos grandes protagonistas de las elecciones presidenciales de 1800 no fueron precisamente los dos candidatos a la presidencia sino los dos eternos rivales en el foro, en la política e incluso en lugares bastante más privados: Alexander Hamilton y Aaron Burr.

Hamilton, marcado a fuego por su bastardía, luchó toda su vida por un reconocimiento social que le sirviera para eliminar o, cuando menos, superar la barrera que le imponía sus orígenes. Tras desempeñar toda su carrera a la sombra de Washington, logró convertirse, desde su privilegiada posición de

² Hasta la aprobación de la decimosegunda enmienda constitucional (hecho que tuvo lugar en 1804 precisamente para evitar que pudieran darse situaciones como la ocurrida en 1800), cada compromisario emitiría dos votos, sin especificar si los mismos eran para el cargo de presidente o para vicepresidente; el candidato que obtuviera más votos sería automáticamente elegido para la presidencia, y el segundo en número de votos para la vicepresidencia.

³ Que en algunos casos superaron abiertamente la barrera de la legalidad, como cuando, una vez conocida la victoria de los republicanos en la legislatura de Nueva York, Hamilton se dirigió al gobernador de dicho estado, John Jay, para que aprobara con urgencia una ley despojando al legislativo estatal de la facultad de elegir a los compromisarios, trasladando dicha potestad al cuerpo electoral. La maniobra era de una bajeza política tal que el propio Hamilton se vio obligado a reconocerlo así en la propia misiva, si bien trataba de justificarla en base a evitar los peligros que una eventual presidencia de Jefferson ocasionaría al país.

Secretario del Tesoro, en la eminencia gris del presidente. Pero si algo caracterizaba a Hamilton era no detenerse ante ningún obstáculo que se interpusiese para lograr sus objetivos, aún cuando dicho obstáculo implicase el vulnerar normas legales, constitucionales o morales. El enfrentamiento personal con Adams le llevó incluso conscientemente a sacrificar las posibilidades de una victoria federalista, maniobrando en la sombra para intentar que Adams no fuera votado como presidente por los compromisarios federalistas, para lo cual difundió un panfleto realmente indigno contra el presidente Adams, a quien acusaba de incapaz e indigno del cargo⁴. El empate a voto compromisario entre Jefferson y Burr logró que Hamilton se situara como árbitro político de la situación y matar dos pájaros de un tiro dado que ello le permitiría ajustar cuentas con su némesis política.

A diferencia de Hamilton, Aaron Burr⁵ tenía unos orígenes envidiables al proceder de una de las familias intelectualmente más brillantes de la élite colonial. Su actuación durante la guerra de la independencia frente a la metrópoli fue realmente brillante e incluso con algunos episodios heroicos, y tras el final de la contienda se dedicó al ejercicio de la abogacía, siendo el eterno rival de Hamilton (quien, por cierto, en coherencia con su filiación doctrinal solía defender intereses de antiguos simpatizantes británicos o *tories*) en los tribunales. No obstante, Burr pronto superó a su rival en el terreno político, al ser elegido senador por Nueva York derrotando al propio suegro de Hamilton, hecho que éste nunca logró digerir. Fue precisamente en el *empire state* donde Burr logró crear una poderosa base política que se demostraría decisiva a la hora de inclinar la balanza hacia el lado republicano en las elecciones presidenciales, dado que fueron precisamente los compromisarios de dicho estado los que acabaron dando la victoria a los republicanos. Sin embargo, la actuación de Burr durante toda la crisis presidencial desconcertó a propios y extraños, dado que, si bien no hizo manifestación pública alguna de aspirar al cargo presidencial (en privado había expresado por escrito que no disputaría la presidencia a Jefferson), tampoco manifestó públicamente que en caso de ser elegido por los compromisarios renunciara al cargo. ¿Encubría este silencio público de Burr una intención de ocupar la presidencia desbancando a Jefferson? Esta es la cuestión que siempre se ha planteado, siendo la respuesta tradicional que hasta época bastante reciente se ha ofrecido que Burr, una persona políticamente sin escrúpulos, encubría un secreto deseo de alzarse con el máximo cargo ejecutivo pactando si fuera necesario con sus rivales federalistas. Sin embargo, esa tesis creo que no resiste el paso del tiempo y es precisamente en este punto donde la obra de Sharp, pese a intentar dar un paso adelante, no logra desembarazarse del todo

⁴ Uno de los aciertos de Sharp es, en mi opinión, apuntar la influencia que la muerte de Washington pudo tener en la radicalización de Hamilton.

⁵ Aaron Burr ha sido, hasta tiempos bastante recientes, una de las figuras más demonizadas, vilipendiadas e insultadas de la historia de los Estados Unidos. Únicamente tras la biografía en dos tomos de Milton LOMASK (*Aaron Burr: The years from Princeton to Vice Presidency [1756-1805]* y *Aaron Burr: The conspiracy and Years of Exile [1805-1836]*) y, sobre todo, la más reciente debida a Nancy ISENBERG, *Fallen founder, the life of Aaron Burr*, una auténtica reivindicación en toda regla de este interesantísimo personaje. Sólo tras estas dos obras, se puede decir que el personaje tiene definitivamente su lugar en la historia lejos de visiones más o menos deformadas.

del lastre histórico que siempre ha pesado sobre la conducta de Burr y que no siempre estuvo justificado.

Si alguien se demostró respetuoso con los la letra y el espíritu de la Constitución fue precisamente Aaron Burr, y no Jefferson, quien en su comportamiento público y privado vulneró abiertamente las previsiones de la norma constitucional. De igual manera, no fue Burr quien intentó llegar a un acuerdo con los federalistas para alcanzar la presidencia, sino que fue Thomas Jefferson quien, con tal de llegar finalmente al ansiado cargo presidencial, logró negociar con los federalistas su elección. Es quizá a la hora de abordar en los dos últimos capítulos de su obra el espinoso tema de las posibilidades que se abren a raíz del empate a voto compromisario y la forma en que finalmente se resolvió de manera incruenta la primera gran crisis política estadounidense donde Sharp, como hemos indicado anteriormente, no lo logra desprenderse del todo de los prejuicios tradicionales a favor de Jefferson, si bien ha de reconocerse que el trato que dispensa a Burr no es ciertamente tan desfavorable ni alcanza los negros tintes de estudios anteriores. Sin embargo, es cuando menos extraño que el autor ni tan siquiera aborde para su estudio la tesis expuesta hace ya casi una década por Jennifer Van Bergen en un luminoso trabajo⁶ en el que, analizando de forma exclusiva y rigurosa el papel de Burr en las elecciones presidenciales, ofrecía una visión de su actitud radicalmente distinta a la hasta entonces vigente, dado que su argumento central defiende que, con independencia de las motivaciones personales que pudieran guiar su actuación, si por algo se caracterizó Aaron Burr durante todo este periodo comprendido entre diciembre de 1800 y febrero de 1801 fue precisamente por mostrar con sus actos su apego y respeto al texto constitucional, mientras que Jefferson logró alzarse con la presidencia básicamente por superar la barrera de la constitucionalidad, sacrificando el espíritu y los preceptos de la norma fundamental en pro de intereses exclusivamente partidistas. No debe olvidarse que el propio Aaron Burr manifestaba en su correspondencia privada antes de producirse las votaciones en la Cámara de Representantes que Jefferson obtendría sin duda alguna el voto de diez o más estados. Tampoco logra explicarnos Sharp la razón de que un político tan experimentado como Burr, si hubiese actuado movido por la ambición de alzarse con la presidencia, estuviera durante todo el conflicto alejado de Washington, centro político de la batalla presidencial.

Sea como fuere, es indudable que las elecciones de 1800 supusieron no sólo la primera gran crisis política de los Estados Unidos, sino la quiebra del sistema político-constitucional tal y como fue ideado por los padres fundadores, marcando el origen del moderno sistema de partidos y forzando a realizar una modificación constitucional tendente a evitar crisis como la ocurrida en estos comicios.

Fecha de envío / Submission Date: 18/11/2011

Fecha de aceptación / Acceptance Date: 21/01/2012

⁶ Jennifer VAN BERGEN, *Aaron Burr and the electoral tie of 1801: strict constitutional construction*, *Cardozo public law, politics and ethics journal*, 1-1 (mayo 2003), p. 91-130